

DEPARTAMENTO DE ESTADO DE EE. UU.

DECLARACIONES

MARCO RUBIO, SECRETARIO DE ESTADO

HOTEL BAYERISCHER HOF

MÚNICH (ALEMANIA)

14 DE FEBRERO DE 2026

*FUENTE: [STATE.GOV](#)

SECRETARIO RUBIO: Muchas gracias. Hoy nos reunimos aquí como miembros de una alianza histórica, una alianza que salvó y cambió el mundo. Cuando esta conferencia comenzó en 1963, había una nación, en realidad, un continente, dividido contra sí mismo. La línea entre el comunismo y la libertad atravesaba el corazón de Alemania. Las primeras alambradas del Muro de Berlín se habían levantado apenas dos años antes.

Y solo unos meses antes de esa primera conferencia, antes de que nuestros predecesores se reunieran por primera vez aquí, en Múnich, la crisis de los misiles en Cuba había llevado al mundo al borde de la destrucción nuclear. A pesar de que la Segunda Guerra Mundial aún estaba fresca en la memoria de estadounidenses y europeos por igual, nos encontrábamos ante una nueva catástrofe mundial, una con el potencial de un nuevo tipo de destrucción, más apocalíptica y definitiva que cualquier otra en la historia de la humanidad.

En el momento de aquella primera reunión, el comunismo soviético estaba en marcha. Miles de años de civilización occidental pendían de un hilo. En aquel momento, la victoria estaba lejos de ser cierta. Pero nos impulsaba un propósito común. No solo nos unía aquello contra lo que luchábamos, sino también aquello por lo que luchábamos. Y juntos, Europa y Estados Unidos prevalecieron y se reconstruyó un continente. Nuestros pueblos prosperaron. Con el tiempo, los bloques del este y del oeste se reunificaron. Una civilización volvió a estar completa.

El infame muro que había dividido a esta nación en dos cayó, y con él un imperio malvado, y el este y el oeste volvieron a ser uno. Pero la euforia de este triunfo nos llevó a una peligrosa ilusión: que habíamos entrado, y cito, “en el fin de la historia”; que todas las naciones serían ahora democracias liberales; que los lazos creados por el comercio y los negocios sustituirían a la nacionalidad; que el orden mundial basado en normas, un término muy manido, sustituiría al interés nacional; y que ahora viviríamos en un mundo sin fronteras en el que todos seríamos ciudadanos del mundo.

Era una idea absurda que ignoraba tanto la naturaleza humana como las lecciones de más de 5000 años de historia documentada. Y nos ha costado muy caro. En este engaño, abrazamos una visión dogmática del comercio libre y sin restricciones, incluso cuando algunas naciones protegían sus economías y subvencionaban a sus empresas para socavar sistemáticamente las nuestras, cerrando nuestras fábricas, lo que provocó la desindustrialización de gran parte de nuestras sociedades, la deslocalización de millones de puestos de trabajo de clase media y trabajadora al extranjero y la entrega del control de nuestras cadenas de suministro críticas a adversarios y rivales.

Cada vez más, hemos encargado al exterior nuestra soberanía a instituciones internacionales, mientras que muchas naciones han invertido en enormes estados del bienestar a costa de mantener su capacidad de defenderse. Esto, incluso cuando otros países han invertido en el rápido desarrollo militar más rápido de toda la historia de la humanidad y no han dudado en utilizar el poder duro para perseguir sus propios intereses. Para apaciguar a una secta climática, nos hemos impuesto políticas energéticas que están empobreciendo a nuestra población, mientras que nuestros competidores explotan el petróleo, el carbón, el gas natural y cualquier otra cosa, no solo para impulsar sus economías, sino para utilizarlos como palanca contra la nuestra.

Y en nuestra búsqueda de un mundo sin fronteras, abrimos nuestras puertas a una ola de migración masiva sin precedentes que amenaza la cohesión de nuestras sociedades, la continuidad de nuestra cultura y el futuro de nuestro pueblo. Cometimos estos errores juntos y ahora, juntos, tenemos la obligación ante nuestro pueblo de afrontar estos hechos y seguir adelante, para reconstruir.

Bajo la presidencia de Trump, los Estados Unidos de América volverán a asumir la tarea de renovación y restauración, impulsados por una visión de un futuro tan orgulloso, soberano y vital como el pasado de nuestra civilización. Y aunque estamos preparados, si es necesario, para hacerlo solos, nuestra preferencia y nuestra esperanza es hacerlo junto con ustedes, nuestros amigos aquí en Europa.

Estados Unidos y Europa pertenecemos juntos. Estados Unidos se fundó hace 250 años, pero sus raíces comenzaron aquí, en este continente, mucho antes. El hombre que se estableció y construyó la nación en la que nací llegó a nuestras costas llevando consigo los recuerdos, las tradiciones y la fe cristiana de sus antepasados como una herencia sagrada, un vínculo inquebrantable entre el viejo mundo y el nuevo.

Formamos parte de una misma civilización: la civilización occidental. Estamos unidos por los lazos más profundos que pueden compartir las naciones, forjados por siglos de historia

común, fe cristiana, cultura, patrimonio, lengua, ascendencia y los sacrificios que nuestros antepasados hicieron juntos por la civilización común que hemos heredado.

Y es por eso que los estadounidenses a veces podemos parecer un poco directos y urgentes en nuestros consejos. Por eso el presidente Trump exige seriedad y reciprocidad a nuestros amigos aquí en Europa. La razón, amigos míos, es porque nos importa profundamente. Nos importa profundamente su futuro y el nuestro. Y si a veces discrepamos, nuestras discrepancias provienen de nuestra profunda preocupación por una Europa con la que estamos conectados, no solo económicamente, no solo militarmente. Estamos conectados espiritualmente y estamos conectados culturalmente. Queremos que Europa sea fuerte. Creemos que Europa debe sobrevivir, porque las dos grandes guerras del siglo pasado nos sirven como recordatorio constante de que, en última instancia, nuestro destino está y siempre estará entrelazado con el suyo, porque sabemos (aplausos), porque sabemos que el destino de Europa nunca será irrelevante para el nuestro.

La seguridad nacional, tema principal de esta conferencia, no se reduce a una serie de cuestiones técnicas: cuánto gastamos en defensa o dónde, cómo la desplegamos... Son cuestiones importantes, sin duda, pero no son las fundamentales. La pregunta fundamental que debemos responder desde el principio es qué es exactamente lo que defendemos, porque los ejércitos no luchan por abstracciones. Los ejércitos luchan por un pueblo; los ejércitos luchan por una nación. Los ejércitos luchan por un modo de vida. Y eso es lo que defendemos: una gran civilización que tiene todas las razones para estar orgullosa de su historia, confiada en su futuro y que aspira a ser siempre dueña de su propio destino económico y político.

Fue aquí, en Europa, donde nacieron las ideas que sembraron las semillas de la libertad que cambiaron el mundo. Fue aquí, en Europa, donde ...el mundo... que dio al mundo el Estado de derecho, las universidades y la revolución científica. Fue este continente el que produjo el genio de Mozart y Beethoven, de Dante y Shakespeare, de Miguel Ángel y Da Vinci, de los Beatles y los Rolling Stones. Y este es el lugar donde las bóvedas de la Capilla Sixtina y las altísimas agujas de la gran catedral de Colonia no solo dan testimonio de la grandeza de nuestro pasado o de la fe en Dios que inspiró estas maravillas. También presagian las maravillas que nos esperan en el futuro. Pero solo si nos sentimos orgullosos de nuestro patrimonio y de esta herencia común podremos comenzar juntos la labor de imaginar y dar forma a nuestro futuro económico y político.

La desindustrialización no era inevitable. Fue una elección política consciente, una iniciativa económica que duró décadas y que despojó a nuestras naciones de su riqueza, su capacidad

productiva y su independencia. Y la pérdida de la soberanía de nuestra cadena de suministro no fue consecuencia de un sistema de comercio mundial próspero y saludable. Fue una tontería. Fue una transformación tonta, pero voluntaria, de nuestra economía que nos dejó dependientes de otros para satisfacer nuestras necesidades y peligrosamente vulnerables a las crisis.

La migración masiva no es, ni ha sido, una preocupación marginal con pocas consecuencias. Fue y sigue siendo una crisis que está transformando y desestabilizando las sociedades de todo occidente. Juntos podemos reindustrializar nuestras economías y reconstruir nuestra capacidad para defender a nuestros pueblos. Pero el trabajo de esta nueva alianza no debe centrarse únicamente en la cooperación militar y en recuperar las industrias del pasado. También debe centrarse en avanzar juntos en nuestros intereses mutuos y nuevas fronteras, liberando nuestro ingenio, nuestra creatividad y nuestro espíritu dinámico para construir un nuevo siglo occidental. Los viajes espaciales comerciales y la inteligencia artificial de vanguardia; la automatización industrial y la fabricación flexible; la creación de una cadena de suministro occidental para minerales críticos que no sea vulnerable a la extorsión de otras potencias; y un esfuerzo unificado para competir por la cuota de mercado en las economías del sur global. Juntos no solo podemos recuperar el control de nuestras propias industrias y cadenas de suministro, sino que también podemos prosperar en las áreas que definirán el siglo XXI.

Pero también debemos controlar nuestras fronteras nacionales. Controlar quiénes y cuántas personas entran en nuestros países no es una expresión de xenofobia. No es odio. Es un acto fundamental de soberanía nacional. Y no hacerlo no es solo una renuncia a uno de nuestros deberes más básicos para con nuestro pueblo. Es una amenaza urgente para el tejido de nuestras sociedades y la supervivencia de nuestra civilización en sí misma.

Y, por último, ya no podemos anteponer el llamado orden mundial a los intereses vitales de nuestros pueblos y nuestras naciones. No necesitamos abandonar el sistema de cooperación internacional que creamos, ni desmantelar las instituciones mundiales del antiguo orden que construimos juntos. Pero hay que reformarlas. Hay que reconstruirlas.

Por ejemplo, las Naciones Unidas siguen teniendo un enorme potencial para ser una herramienta de bien en el mundo. Pero no podemos ignorar que hoy en día, en los asuntos más urgentes que se nos plantean, no tienen respuestas y prácticamente no han desempeñado ningún papel. No pudieron resolver la guerra en Gaza. En cambio, fue el liderazgo estadounidense el que liberó a los cautivos de los bárbaros y logró una frágil tregua. No ha resuelto la guerra en Ucrania. Se necesitó el liderazgo estadounidense y la

colaboración con muchos de los países aquí presentes hoy para sentar a ambas partes a la mesa en busca de una paz que aún sigue siendo esquiva.

Fue incapaz de frenar el programa nuclear de los clérigos chiítas radicales de Teherán. Para ello fueron necesarias 14 bombas lanzadas con precisión desde bombarderos estadounidenses B-2. Y fue incapaz de hacer frente a la amenaza para nuestra seguridad que supone un dictador narcoterrorista en Venezuela. En cambio, fueron necesarias las fuerzas especiales estadounidenses para llevar a este fugitivo ante la justicia.

En un mundo perfecto, todos estos problemas y muchos más se resolvían mediante diplomáticos y resoluciones enérgicamente formuladas. Pero no vivimos en un mundo perfecto y no podemos seguir permitiendo que aquellos que amenazan de forma descarada y abierta a nuestros ciudadanos y ponen en peligro nuestra estabilidad global se escuden tras abstracciones del derecho internacional que ellos mismos infringen habitualmente. Este es el camino que han emprendido el presidente Trump y Estados Unidos. Es el camino al que les pedimos que se unan aquí en Europa. Es un camino que hemos recorrido juntos antes y que esperamos volver a recorrer juntos de nuevo. Durante cinco siglos, antes del final de la Segunda Guerra Mundial, occidente se había expandido: sus misioneros, sus peregrinos, sus soldados y sus exploradores salieron de sus costas para cruzar océanos, establecerse en nuevos continentes y construir vastos imperios que se extendían por todo el globo.

Pero en 1945, por primera vez desde la época de Colón, estaba entrando en declive. Europa estaba en ruinas. La mitad vivía tras un telón de acero y el resto parecía que pronto seguiría sus pasos. Los grandes imperios occidentales habían entrado en un declive terminal, acelerado por las revoluciones comunistas ateas y los levantamientos anticolonialistas que transformarían el mundo y cubrirían con la hoz y el martillo rojos vastas extensiones del mapa en los años siguientes.

En ese contexto, entonces como ahora, muchos llegaron a creer que la era de dominio occidental había llegado a su fin y que nuestro futuro estaba destinado a ser un eco débil y fugaz de nuestro pasado. Pero juntos, nuestros predecesores reconocieron que el declive era una elección, y fue una elección que se negaron a tomar. Esto es lo que hicimos juntos una vez, y esto es lo que el presidente Trump y Estados Unidos quieren hacer de nuevo ahora, junto con ustedes.

Y por eso no queremos que nuestros aliados sean débiles, porque eso nos debilita a nosotros. Queremos aliados que puedan defenderse por sí mismos, para que ningún adversario se vea tentado a poner a prueba nuestra fuerza colectiva. Por eso no queremos

que nuestros aliados se vean atados por la culpa y la vergüenza. Queremos aliados que estén orgullosos de su cultura y su patrimonio, que comprendan que somos herederos de la misma civilización grande y noble, y que, junto con nosotros, estén dispuestos y sean capaces de defenderla.

Y por eso no queremos que nuestros aliados racionalicen el *statu quo* roto en lugar de reconocer lo que es necesario para arreglarlo, porque en Estados Unidos no nos interesa ser los cuidadores educados y ordenados del declive controlado de occidente. No buscamos separarnos, sino revitalizar una vieja amistad y renovar la mayor civilización de la historia de la humanidad. Lo que queremos es una alianza revitalizada que reconozca que lo que ha afligido a nuestras sociedades no es solo un conjunto de malas políticas, sino un malestar de desesperanza y complacencia. Una alianza, la alianza que queremos, es aquella que no se paraliza por el miedo, el miedo al cambio climático, el miedo a la guerra, el miedo a la tecnología. En cambio, queremos una alianza que se lance con valentía hacia el futuro. Y el único miedo que tenemos es el miedo a la vergüenza de no dejar a nuestras naciones más orgullosas, más fuertes y más ricas para nuestros hijos.

Una alianza dispuesta a defender a nuestro pueblo, a salvaguardar nuestros intereses y a preservar la libertad de acción que nos permite forjar nuestro propio destino, no una que exista para gestionar un estado del bienestar global y expiar los supuestos pecados de generaciones pasadas. Una alianza que no permita que su poder sea encargado al exterior, restringido o subordinado a sistemas que escapan a su control; una alianza que no dependa de otros para satisfacer las necesidades fundamentales de su vida nacional; y una alianza que no mantenga la cortés pretensión de que nuestra forma de vida es solo una entre muchas y que pide permiso antes de actuar. Y, sobre todo, una alianza basada en el reconocimiento de que nosotros, el occidente, hemos heredado juntos algo que es único, distintivo e irremplazable, porque esto, al fin y al cabo, es la base misma del vínculo transatlántico.

Actuando juntos de esta manera, no solo ayudaremos a recuperar una política exterior sensata, sino que nos devolverá un sentido más claro de nosotros mismos. Nos devolverá un lugar en el mundo y, al hacerlo, reprenderá y disuadirá a las fuerzas de la destrucción de la civilización que hoy amenazan tanto a Estados Unidos como a Europa.

Así que, en un momento en el que los titulares anuncian el fin de la era transatlántica, que quede claro para todos que ese no es nuestro objetivo ni nuestro deseo, porque para nosotros, los estadounidenses, nuestro hogar puede estar en el Hemisferio Occidental, pero siempre seremos hijos de Europa. (Aplausos).

Nuestra historia comenzó con un explorador italiano cuya aventura hacia lo desconocido para descubrir un nuevo mundo llevó el cristianismo a América y se convirtió en la leyenda que definió la imaginación de nuestra nación pionera.

Nuestras primeras colonias fueron fundadas por colonos ingleses, a quienes debemos no solo el idioma que hablamos, sino todo nuestro sistema político y jurídico. Nuestras fronteras fueron moldeadas por los escoceses-irlandeses, ese clan orgulloso y cordial de las colinas de Ulster que nos dio a Davy Crockett, Mark Twain, Teddy Roosevelt y Neil Armstrong.

Nuestro gran corazón del Medio Oeste fue construido por granjeros y artesanos alemanes que transformaron llanuras vacías en una potencia agrícola mundial y, por cierto, mejoraron drásticamente la calidad de la cerveza estadounidense. (Risas).

Nuestra expansión hacia el interior siguió los pasos de los comerciantes de pieles y exploradores franceses cuyos nombres, por cierto, aún adornan las señales de las calles y los nombres de las ciudades de todo el valle del Misisipi. Nuestros caballos, nuestros ranchos, nuestros rodeos, todo el romanticismo del arquetipo del vaquero que se convirtió en sinónimo del Oeste americano, nacieron en España. Y nuestra ciudad más grande y emblemática se llamaba Nueva Ámsterdam antes de pasar a llamarse Nueva York.

¿Sabían que en el año en que se fundó mi país, Lorenzo y Catalina Geroldi vivían en Casale Monferrato, en el Reino de Piamonte-Cerdeña? Y José y Manuela Reina vivían en Sevilla (España). No sé qué sabían, si es que sabían algo, sobre las 13 colonias que habían obtenido su independencia del Imperio Británico, pero hay algo de lo que estoy seguro: nunca podrían haber imaginado que, 250 años después, uno de sus descendientes directos estaría hoy aquí, en este continente, como jefe diplomático de esa joven nación. Y, sin embargo, aquí estoy, recordando mi propia historia, que nos recuerda que nuestras historias y nuestros destinos siempre estarán vinculados.

Juntos reconstruimos un continente destrozado tras dos guerras mundiales devastadoras. Cuando nos vimos divididos una vez más por el telón de acero, el occidente libre se unió a los valientes disidentes que luchaban contra la tiranía en el este para derrotar al comunismo soviético. Hemos luchado unos contra otros, luego nos hemos reconciliado, luego hemos luchado, y luego nos hemos reconciliado de nuevo. Y hemos sangrado y muerto juntos en los campos de batalla, desde Kapyong hasta Kandahar.

Y hoy estoy aquí para dejar claro que Estados Unidos está trazando el camino hacia un nuevo siglo de prosperidad y que, una vez más, queremos hacerlo junto a ustedes, nuestros queridos aliados y nuestros amigos más antiguos. (Aplausos).

Queremos hacerlo junto a ustedes, con una Europa orgullosa de su patrimonio y de su historia; con una Europa que tiene el espíritu creador de la libertad que envió barcos a mares inexplorados y dio origen a nuestra civilización; con una Europa que tiene los medios para defenderse y la voluntad de sobrevivir. Debemos estar orgullosos de lo que hemos logrado juntos en el último siglo, pero ahora debemos afrontar y aprovechar las oportunidades de uno nuevo, porque el ayer ha terminado, el futuro es inevitable y nuestro destino conjunto nos espera. Gracias. (Aplausos).

PREGUNTA: Sr. Secretario, no estoy seguro de si ha oído el suspiro de alivio que se ha producido en esta sala cuando acabamos de escuchar lo que yo interpretaría como un mensaje de tranquilidad, de colaboración. Ha hablado usted de las relaciones entrelazadas entre Estados Unidos y Europa, lo que me recuerda las declaraciones realizadas hace décadas por sus predecesores cuando el debate era: ¿Es realmente Estados Unidos una potencia europea?, ¿es Estados Unidos una potencia en Europa? Gracias por ofrecernos este mensaje de tranquilidad sobre nuestra asociación.

En realidad, esta no es la primera vez que Marco Rubio asiste a la Conferencia de Seguridad de Múnich, ya ha estado aquí un par de veces, pero es la primera vez que lo hace como Secretario de Estado. Así que, gracias de nuevo. Solo nos quedan un par de minutos ahora para unas pocas preguntas y, si me lo permiten, hemos recopilado preguntas del público. Una de las cuestiones clave aquí ayer, hoy, es, por supuesto, sigue siendo la cuestión de cómo abordar la guerra en Ucrania. Muchos de nosotros, en los diálogos mantenidos durante el último día, las últimas 24 horas, hemos expresado nuestra impresión de que los rusos, permítanme expresarlo de manera coloquial, están ganando tiempo, no están realmente interesados en alcanzar un acuerdo significativo. No hay indicios de que estén dispuestos a transigir en ninguno de sus objetivos maximalistas. Si es posible, ofrézcanos su evaluación de la situación actual y de hacia dónde cree que podemos avanzar.

SECRETARIO RUBIO: Bueno, creo que en este momento nos encontramos en una situación en la que los problemas que hay que resolver... aquí viene la buena noticia. La buena noticia es que los problemas que hay que resolver para poner fin a esta guerra se han reducido. Esa es la buena noticia. La mala noticia es que se han reducido a las cuestiones más difíciles de resolver, y aún queda trabajo por hacer en ese aspecto. Entiendo su punto de vista, pero la respuesta es que no lo sabemos. No sabemos si los rusos realmente quieren poner fin a la guerra; ellos dicen que sí, pero no sabemos en qué términos están dispuestos a hacerlo ni si podemos encontrar términos que sean aceptables para Ucrania y que Rusia siempre esté dispuesta a aceptar. Pero vamos a seguir probando.

Mientras tanto, todo lo demás sigue sucediendo. Estados Unidos ha impuesto sanciones adicionales al petróleo ruso. En nuestras conversaciones con India, hemos conseguido su compromiso de dejar de comprar más petróleo ruso. Europa ha tomado su serie de medidas para seguir adelante. Continúa el *Programa Pearl*, en el que se vende armamento estadounidense para la guerra de Ucrania. Así que todo esto sigue adelante. Nada se ha detenido mientras tanto. Así que no hay que ganar tiempo en ese sentido.

Lo que no podemos responder, pero seguiremos probando, es si hay un resultado con el que Ucrania pueda vivir y que Rusia acepte. Y yo diría que hasta ahora ha sido difícil de alcanzar. Hemos avanzado en el sentido de que, por primera vez, creo que en años, al menos a nivel técnico, hubo oficiales militares de ambas partes que se reunieron la semana pasada, y habrá... y habrá nuevas reuniones el martes, aunque puede que no sea el mismo grupo de personas.

Miren, vamos a seguir haciendo todo lo posible para desempeñar este papel de poner fin a la guerra. No creo que nadie en esta sala se oponga a una solución negociada para esta guerra, siempre y cuando las condiciones sean justas y sostenibles. Eso es lo que pretendemos conseguir, y vamos a seguir intentándolo, incluso aunque sigan ocurriendo todas estas otras cosas en cuanto a las sanciones y demás.

PREGUNTA: Muchas gracias. Estoy seguro de que, si tuviéramos más tiempo, habría muchas preguntas sobre Ucrania. Pero permítanme concluir con una pregunta sobre un tema completamente diferente. El próximo ponente, que intervendrá en unos minutos, será el ministro de Exteriores de China. Cuando usted ocupaba su escaño en el Senado, señor, la gente le consideraba una especie de halcón con respecto a China.

SECRETARIO RUBIO: También ellos.

PREGUNTA: ¿También ellos?

SECRETARIO RUBIO: Sí.

PREGUNTA: Sabemos que dentro de unos dos meses se celebrará una cumbre entre el presidente Trump y el presidente Xi Jinping. Cuéntenos cuáles son sus expectativas. ¿Es optimista?, ¿cree que se puede llegar a un “acuerdo” con China?, ¿qué espera?

SECRETARIO RUBIO: Bueno, yo diría lo siguiente: las dos economías más grandes del mundo, dos de las grandes potencias del planeta, tenemos la obligación de comunicarnos con ellas y dialogar, al igual que muchos de ustedes a nivel bilateral. Quiero decir que sería una mala práctica geopolítica no mantener conversaciones con China. Diría lo siguiente: dado que somos dos grandes países con enormes intereses globales, nuestros intereses nacionales a menudo no coincidirán. Sus intereses nacionales y los nuestros no coincidirán,

y le debemos al mundo intentar gestionarlos lo mejor posible, evitando obviamente los conflictos, tanto económicos como peores. Y eso... es por lo que es importante para nosotros mantener comunicaciones con ellos en ese sentido.

En aquellas áreas en las que nuestros intereses coinciden, creo que podemos trabajar juntos para tener un impacto positivo en el mundo, y buscamos oportunidades para hacerlo con ellos. Por lo tanto, tenemos que mantener una relación con China. Y cualquiera de los países aquí representados hoy tendrá que mantener una relación con China, siempre entendiendo que nada de lo que acordemos puede ir en detrimento de nuestros intereses nacionales. Y, francamente, esperamos que China actúe en función de sus intereses nacionales, al igual que esperamos que todos los Estados-nación actúen en función de sus intereses nacionales. El objetivo de la diplomacia es tratar de sortear aquellos momentos en los que nuestros intereses nacionales entran en conflicto, siempre con la esperanza de hacerlo de forma pacífica.

Creo que también tenemos una obligación especial porque cualquier cosa que ocurra entre Estados Unidos y China en materia comercial tiene implicaciones mundiales. Por lo tanto, nos enfrentamos a desafíos a largo plazo que tendremos que afrontar y que serán motivo de fricción en nuestra relación con China. Esto no solo es válido para Estados Unidos, sino también para occidente en general. Pero creo que debemos intentar gestionarlos lo mejor posible para evitar fricciones innecesarias, si es posible. Sin embargo, nadie se hace ilusiones. Existen algunos desafíos fundamentales entre nuestros países y entre occidente y China que continuarán en el futuro previsible por diversas razones, y son algunas de las cosas en las que esperamos trabajar junto con ustedes.

PREGUNTA: Muchas gracias Sr. Secretario. Se nos acabó el tiempo. Siento no poder escuchar preguntas de todos los que quieren hacerlas. Sr. Secretario de Estado, gracias por este mensaje de seguridad. Creo que aquí en el salón se aprecia mucho. Ofrezcamos un aplauso. (Aplauso).

Para ver el texto original, ir a: <https://www.state.gov/releases/office-of-the-spokesperson/2026/02/secretary-of-state-marco-rubio-at-the-munich-security-conference/>

Esta traducción se proporciona como una cortesía y únicamente debe considerarse fidedigna la fuente original en inglés.

